



## Radicalismo y democracia representativa en la región

Alberto Adrianzén

Analista político y miembro del Comité Editorial del diario La República

Abril, 2007

**Síntesis:** ¿Qué ocurre en América Latina que los movimientos de izquierda usan modos radicales, característicos de los años sesenta y setenta, en vez de buscar el cambio a través de la democracia representativa? Los radicalismos de países como Bolivia, Ecuador y Venezuela no son fortuitos, sino producto de complejos procesos que hay que entender para crear democracias sólidas en la región. Por una parte se halla la herencia poco institucional de los nacional-populismos y, por otra, el empuje del capitalismo en Latinoamérica y sus secuelas: crisis del Estado, precarización de la democracia, exclusión y desarraigo.

Hace algunas semanas, Manuel Antonio Garretón, en un artículo publicado en un diario argentino<sup>1</sup>, analizó lo que sucede en Venezuela. Para Garretón, “afianzar el socialismo de la llamada revolución bolivariana y posibilitar la reelección indefinida (de Hugo Chávez), vuelve a poner un tema que se suponía superado desde la discusión sobre el eurocomunismo, la Unidad Popular en Chile y el derrumbe de los socialismos reales: las relaciones entre democracia y socialismo”.

Para Garretón, los dos primeros temas (el debate acerca del eurocomunismo y la experiencia de la Unidad Popular) “dejaron zanjado que la *democracia representativa era el régimen político propio del socialismo*” (cursivas del autor) y que, por lo tanto, la izquierda “abandonaba otros modelos, como el del partido único”. Este mismo autor sostiene que los procesos de transición a la democracia, luego de años de dictaduras militares, “no hicieron sino consolidar esta doctrina”.

De otro lado, las “caídas de los socialismos reales” abrieron las puertas para que las llamadas “terceras vías” “mostraran el carácter claramente democrático de las izquierdas y su carácter corrector del neoliberalismo”. Para Garretón, uno de los problemas fue que estas apuestas por las terceras vías “no lograron estructurar una alternativa propiamente socialista, tanto en la capacidad utópica-movilizadora como de superación del capitalismo en la globalización”.

Hoy en Venezuela, pero también en otros países, se siente una suerte de aparente “revival” que nos estaría llevando, palabras más, palabras menos, a la retórica de los años sesenta y setenta. Que hoy se discuta en Venezuela la posibilidad de un socialismo del siglo XXI, la posibilidad de un “partido único” de la revolución, de la fusión entre nacionalismo y socialismo, e incluso de un cristianismo progresista, son claras muestras de que ese “zanjamiento” entre “democracia socialista” y “democracia representativa”, del cual habla Garretón, no ocurrió y, si lo hizo, fue más bien frágil, pasajero y en pocos países. Y en lo que respecta a la adscripción a la “tercera vía”, esta también fue pasajera y con poca fortuna política en nuestra región, pese al entusiasmo inicial que generó en algunos sectores de izquierda.

Por eso, se le puede criticar a Garretón que su visión no solo sea, digamos, “chileno-céntrica”, ya que muchos de los procesos de los que habla han ocurrido en Chile, principalmente, sino también incompleta. No toma en cuenta, por ejemplo, el nacimiento del “zapatismo” mexicano de la década de los noventa, o los movimientos sociales e indígenas, también ocurridos durante esos años en otros países de la región, que

<sup>1</sup> El Clarín, Buenos Aires, 25/02/2007



cuestionaban la “democracia representativa” y planteaban superar –y no corregir– el neoliberalismo. El asunto, por lo tanto, es más complejo.

La pregunta, en este contexto, podría ser la siguiente: ¿por qué las fuerzas políticas que quieren transformar el orden, sobre todo en la subregión andina, recurren, por lo general, a esta suerte de “caja de herramientas” de los años sesenta y setenta? Dicho en términos más simples: ¿por qué es tan difícil, en algunos países de la región, que aparezcan fuerzas “reformistas”, defensoras de la democracia representativa, correctoras del neoliberalismo y promotoras de la tercera vía y sí surgen, más bien, fuerzas partidarias de la revolución? A ello hay que sumarle otro dato: la agenda política que plantean estos movimientos de cambio, más allá de la opinión que se tenga de ellos, también tiene un aire de familia con las agendas de esos mismos años: nacionalización de recursos naturales, antiimperialismo, democracia participativa, etc. En suma, ¿por qué lo aparentemente viejo no quiere morir y lo aparentemente nuevo, como es este reformismo político y económico, no puede nacer y convertirse en la regla política –y no en la excepción– en la región?

Me parece que lo primero que habría que hacer para, al menos, intentar entender lo que está sucediendo, es dejar de llamar “populistas” a estos gobiernos, como si dicho calificativo fuese una suerte de estigma político, sinónimo de fracaso y de autoritarismo. Ello, además de ser discutible académicamente, repite las viejas posturas que adoptó la izquierda comunista, y también las de los liberales y de algunos sectores de la oligarquía cuando surgieron los llamados “movimientos nacional-populares”<sup>2</sup> en América Latina, hace ya varias décadas. Esta actitud terminó por alejar de las masas populares a los críticos del populismo, y desembocó en que los movimientos nacional-populares lograron una suerte de representación monopólica de estos mismos sectores populares, que dura hasta ahora y que impide el nacimiento de izquierdas y derechas, pero también de liberales y demócratas (como sucedió en el Perú y en otros países).

Si se observa bien, han sido estos partidos nacional-populares los que, en diferentes contextos, han ocupado espacios tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político, y de esta manera han desplazado a otras fuerzas de esos mismos signos. En Argentina, el “menemismo” fue el peronismo de derecha de los noventa, así como hoy el “kirchnerismo” es de izquierda. Algo parecido se puede decir sobre el APRA y Alan García en el Perú: mientras que en la década de los ochenta representaron posturas de izquierda, hoy representan a otras de derecha. No sería raro que el evidente desplazamiento hacia la derecha del “populismo aprista” (si lo podemos llamar así), así como los fracasos tanto de la izquierda socialista como de la derecha “liberal”, hubieran contribuido, en parte, a crear las condiciones para el nacimiento del nacionalismo que hoy representa Ollanta Humala.

El resultado de todo ello ha sido un sistema político poco institucional, no solo por el “predominio político”<sup>3</sup> de estos viejos partidos “populistas” en la vida nacional sino también y, sobre todo, porque las claves de la política no apuntaban, como dice Garretón, a asignar “a los mecanismos institucionales, las normas democráticas y su espíritu, un carácter intangible, por encima de las mayorías políticas que siempre son circunstanciales”, sino más bien a resolver otros problemas. Estos problemas, como la igualdad, la identidad y la pertenencia a una comunidad política nacional, no estaban necesariamente vinculados a

<sup>2</sup> Por ejemplo, el peronismo en Argentina.

<sup>3</sup> El concepto “predominio político” se emplea como contrario al que podría llamarse “hegemonía política”, en el cual la institucionalidad juega un papel importante. Así, existen “partidos hegemónicos” y “partidos dominantes”, donde su fuerza social y/o electoral es clave. Al respecto, leer: Godio, Julio: “No es lo mismo hegemonía que predominio político”. **El Clarín**, Buenos Aires, 05/03/2007.



la democracia representativa y, para resolverlos, la necesidad y el uso de una mayoría política y/o electoral y de un “momento fundacional”, son asuntos de vital importancia.

En estos casos, la “cuestión social”, es decir, los temas vinculados a la igualdad y a la justicia, termina por subsumir a los temas de la “cuestión política”, es decir, del autogobierno, vinculado a la democracia. En nuestras sociedades, por lo general, ambas “cuestiones” han marchado por separado, y expresan así esta vieja contradicción entre el *ethos* liberal (libertad) y el *ethos* democrático (igualdad). Por eso, en nuestros países las democracias representativas, antes que “representativas”, deben ser más “democracias”, es decir, propiciar la igualdad y la justicia.

No es casual que los gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador sigan actualmente un patrón político que se puede resumir en la convocatoria a una Asamblea Constituyente para construir una nueva mayoría política. Y, si bien se puede afirmar que existe una evidente influencia de la experiencia venezolana en los actuales procesos de Bolivia y Ecuador, ello no elimina la necesidad propia a estos gobiernos de construir una nueva mayoría política, electoral y social para cambiar el orden en sus países.

No hay que olvidar que estos nuevos radicalismos, por llamarlos de algún modo, se han desarrollado luego de la ola neoliberal que “asoló” nuestra región en las décadas de los ochenta y noventa. Esta ola significó una crisis mayor del Estado, por las políticas de desregulación económica, la privatización de las empresas públicas y una menor responsabilidad social; un mayor desarrollo de un capitalismo globalizado que, como se ha dicho en más de una oportunidad, integra al país al mercado mundial global, pero lo desintegra internamente porque aumenta la desigualdad, la pobreza y la informalidad de la fuerza de trabajo; una mayor precariedad de la democracia, debido al control del quehacer estatal que lograron los grupos tecnocráticos y los poderes fácticos; y, finalmente, una mayor exclusión, que incrementó la sensación de desarraigo y no-pertenencia a una comunidad política nacional.

Dicho en otras palabras, y guardando toda distancia, la ola neoliberal planteó problemas similares a los que enfrentó el viejo populismo de los años treinta y cuarenta. Por eso, como hemos dicho líneas arriba, las claves de la política poco tenían que ver con el fortalecimiento de la democracia representativa y sí, más bien, con la lucha contra un orden injusto, crecientemente desigual y excluyente, en el cual la idea de pertenencia a una nación y a una comunidad está severamente cuestionada.

Por eso, el radicalismo que se vive en algunos países de la región no es un hecho fortuito o arbitrario –mucho menos obra de caudillos o líderes “ególatras” o “megalómanos”–, sino que más bien es un producto de complejos procesos que están saliendo a la superficie. Por eso, también, estos radicalismos, más allá de cuál sea su destino y final, y más allá –como se dice– de gustos y colores, tienen mucho que decirnos. Acaso en el intento por entenderlos esté una de las claves para crear democracias representativas fuertes y prolongadas en nuestra región.